



Andrea Camilleri  
El guardabarrera



DESTINO

## Uno

El tren de vía estrecha que partía despacio de Vigàta-Cannelle a Castellovitrano, último pueblo servido por la línea, tardaba más o menos medio día en llegar a destino, dado que las paradas previstas eran casi veinte, sin contar las imprevistas debidas a atravesamientos de rebaños de cabras y ovejas, o a alguna vaca a la que se le ocurría dormirse entre los rieles.

Los trenes en servicio eran como dos hermanos gemelos: la locomotora de carbón con el depósito que arrastraba tres coches de pasajeros, cada uno con una especie de galería que en verano iba provista de cortinas laterales coloreadas, de franjas verdes y rojas, para protegerse del sol.

El primer coche y el de cola eran de tercera clase y llevaban asientos de madera, el coche del medio era de primera clase y tenía los asientos acolchados y cubiertos de terciopelo rojo con reposacabezas blancos de bordes recamados. No existía la segunda clase.

Cada mañana a las seis partían simultáneamente, uno de Vigàta y el otro de Castellovitrano y, después de cruzarse en la estación de Sicudiana, se presentaban a la una menos diez en sus respectivas llegadas.

A veces los trenes salían con ligeros retrasos porque algún pasajero habitual no había sido puntual y el jefe de tren no había dado la señal de partida esperando al rezagado. Hasta tal punto que era de buena educación advertir al jefe de tren si uno, al día siguiente, no podía viajar. Para que no lo esperaran en vano.

Una vez, en el trayecto de las seis de Vigàta, no se presentó don Jachino Marzo, un sesentón que tenía una tienda de telas en Sicudiana.

Después de una decena de minutos de espera, el jefe de tren pidió consejo a los pasajeros: ¿qué debía hacer? La mayoría opinó que debían esperarlo un poco más. Pero don Aitano Fazio, uno de los siete que viajaban siempre en primera clase con don Jachino, propuso que alguien fuera a la casa de Marzo, que vivía a cuatro pasos de la estación, para ver qué intenciones tenía. Un voluntario fue y volvió demudado: Jachino Marzo había muerto durante la noche de una apoplejía. En uno de los vagones de tercera, la maestra Iacolino rezó durante todo el viaje, junto con los presentes, rosarios y plegarias en sufragio del difunto. El día del funeral, entre otras, había una corona con la inscripción: «Los pasajeros del tren.»

Con la excepción de los estudiantes, que repasaban las lecciones, y de las maestras y maestros que tenían el periódico, los demás pasajeros no eran gente de lectura y pasaban el tiempo del viaje charlando o jugando a las cartas: escoba, tres sietes y brisca.

Por eso los pasajeros se habían dividido tácitamente, asignándose sitios estables, de modo que, por ejemplo, los jugadores de cartas pudieran sentarse siempre cara a cara en grupos de cuatro.

de la puerta de entrada, había una ventana lateral. Una escalera llevaba a la planta superior, donde estaban el dormitorio y un cuartito. La ventana de esta habitación estaba en perpendicular sobre la puerta de entrada. Al lado de cada caseta había una especie de trastero en mampostería para guardar los equipos de mantenimiento.

La línea de vía estrecha, construida a mediados del siglo XIX, era de una compañía privada, pero en tiempos del fascismo fue incorporada a los Ferrocarriles del Estado. Y una de las primeras cosas que hizo el fascismo fue despedir a miles de ferroviarios con la acusación de que eran comunistas o socialistas. Algunos puestos de guardabarreras, que eran aquellos donde se trabajaba menos y se requería menos esfuerzo, fueron asignados, como premio, a los peones o a los operarios que se habían declarado fascistas de primera hora.

Por eso, la tercera caseta, la mejor, porque era aquella donde ni siquiera tenías la incomodidad de girar la manivela para levantar y bajar las barreras del paso a nivel, y estaba provista en la parte de atrás de un pozo de agua potable, fue asignada al camarada ex maniobrista Concetto Licalzi, que se había distinguido especialmente por haber denunciado a la policía fascista a cuatro colegas que hacían propaganda comunista.

Cuando en 1930 tomó posesión de la caseta, Concetto Licalzi sintió que había llegado al paraíso.

Una semana después valló un trozo de terreno bastante grande sin pedir permiso al legítimo propie-

el hermano de Antonio, era uno de los cuatro comunistas a los que había denunciado. Se ve que Antonio se había enterado de quién era y lo saludaba a la manera fascista, para joderlo y fastidiarlo.

Ya no respondió al saludo. Luego una buena mañana no aguantó más, cogió el carretón y fue a denunciar a Antonio Schillaci al comisario.

Éste, al final, lo miró asombrado.

—Pero... ¿cuando saluda a la romana hace muecas, dice cosas?

—No. Saluda a la romana y basta.

—¡No, no basta! —dijo el comisario.

—¡Pero si su intención es fastidiarme!

—Eso lo dices tú. ¡Pero Pruébalo!

Concetto Licalzi volvió echando fuego por las narices, como un toro furioso. Cuando el tren volvió a pasar por la tarde, estaba esperándolo con la escopeta. Apenas Schillaci saludó, él disparó. No le dio y Schillaci lo denunció por intento de homicidio. Concetto Licalzi se defendió diciendo que se le había escapado el tiro. Y el comisario dio una orden a Schillaci: cuando el tren pasara por delante de aquella caseta debía asomarse, si quería asomarse, por la ventanilla que daba al mar. De este modo, si no podía reprimir el saludo a la romana, sólo se enterarían las gaviotas.

En el mes de junio de 1940, Mussolini declaró la guerra a Francia. Y dos días después algunos aeroplanos franceses llegaron del mar y se pusieron a bombardear y ametrallar toda la costa.

Precisamente aquella mañana, Concetto había cogido a sus dos hijos para llevarlos al médico, en Sicudiana. Murieron los tres, ametrallados por un

en los días festivos tocaba en el salón del mejor barbero de Vigàta, don Amedeo Vassallo.

A menudo los clientes, después de cortarse la barba o el pelo, se quedaban en el salón para disfrutar del concierto.

Cuando tomó posesión de la caseta, Nino hacía dos años que estaba casado con Minica Oliveri, que, como mujer, no era ni guapa ni fea —tenía cara de esposa—, pero que era una gran trabajadora. La casa, lustrada, estaba siempre como una patena. Cocinaba bien y también sabía sacar provecho del huerto. Es más, hizo que Nino le construyera una jaula al lado del huerto y puso gallinas. Así podían comer también huevos frescos.

Nino y Minica tenían una sola angustia: el Señor no les daba hijos, por más que ellos ponían toda la carne en el asador.

Cada domingo por la mañana, Nino cogía el carretón y se iba a tocar con su amigo Totò. Volvía a la caseta al anochecer. Y encontraba todo listo para comer. Su mujer, aprovechando que él no importunaba, dedicaba aquel día a coser algunos vestidos, porque también sabía hacer eso, o a arreglar la ropa de Nino, camisas, calzoncillos y calcetines.

Tenía una bonita voz. Y cada domingo por la tarde, en primavera y en verano, cuando ya no pasaban los trenes, después de la cena, Nino y Minica cogían dos sillas e iban a sentarse a la orilla del mar. Minica cantaba y Nino la acompañaba con la mandolina. Luego volvían a la caseta, se acostaban y trabajaban duro para tener un hijo.

Lo intentó. Pero no era fácil.

—¿Cómo va? —preguntó el doctor, nervioso, después de cinco minutos.

Finalmente, como Dios quiso, lo consiguió.

—Vuelve pasado mañana —dijo el doctor.

Volvió.

—Amigo mío, no hay nada que hacer. Si no tenéis hijos es por un problema tuyo. Los espermatozoides son débiles y escasos. Y no creo que el asunto pueda resolverse con un tratamiento.

Hubiera preferido que le disparara.

—¿Qué te dijo el doctor? —le preguntó Minica.

Decidió contarle de la misa la mitad.

—Me dijo que debemos seguir intentándolo. Y que volviera a verlo dentro de seis meses, si no ocurre nada.

No tuvo valor para decirle la verdad. Necesitaba un poco de tiempo.

Sólo Totò se dio cuenta de que estaba de mal humor. Y tanto hizo y tanto dijo que al final Nino debió confiarle el asunto.

—¡A la porra el doctor Gerbino!

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo tenía un amigo que estaba en la misma situación y Gerbino le dijo lo mismo que a ti.

—¿Y...?

—Luego alguien le aconsejó que fuera donde la señora Pillica.

—¿Quién es?

—Una de Montereale que entiende de hierbas.

—Mantenla a una cierta distancia. Quiero ver la fuerza que tiene cuando sale.

Y sin decir esta boca es mía, se la cogió con la mano.

Nino, desde que se había casado, sólo había tenido relaciones con Minica. Y dado que la señora Pillica sabía cómo hacer, en menos de cinco minutos el asunto estuvo terminado.

—Vístete.

Mientras tanto la señora Pillica se había puesto junto a la ventana para mirar el material dentro de la palangana.

—Son un poco débiles. Pero tiene solución.

Fue al aparador, cogió un frasco de vidrio azul y se lo tendió a Nino.

—Aquí hay una pomada. Úntatela durante una semana en los cojones, pero en esa semana no debes tocar a tu mujer. Después, cuando la pomada se haya terminado, puedes follar a discreción. Si no funciona, vuelve dentro de tres meses.

La visita y la pomada le costaron medio sueldo.

Pero después de dos meses un día Minica le anunció, con los ojos radiantes de felicidad:

—Ninuzzo, amor mío, estoy embarazada.



Había una vez un hombre llamado Nino que trabajaba de guardabarrera y vivía con su mujer, Minica, en una modesta caseta amarilla situada entre la vía de tren de Vigàta y el mar, junto a un pozo y un olivo sarraceno. Se amaban, eran felices y, tras algunas dificultades, Minica por fin estaba esperando el hijo que tanto habían deseado.

Sin embargo, en la Sicilia de 1942 algunos actos tienen un castigo más severo de lo habitual, y Nino tiene que hacer frente a las consecuencias de hacer burla de un himno fascista. Entretanto, Minica, en su ansia por ser madre, sufre una metamorfosis inesperada.

Como ya hizo en *El beso de la sirena*, Camilleri deja aquí de lado el género negro y actualiza las metamorfosis mitológicas —la de Níobe, convertida en piedra por el dolor de perder a sus hijos, y la de Dafne, que se transformó en árbol para escapar a la persecución de Apolo— para darles un nuevo sentido en la Italia fascista de principios del siglo XX. Una fábula moderna llena de sensibilidad, dolor y esperanza.

«No todos los escritores tienen una historia que contar. Andrea Camilleri sí.» *Babelia, El País*

«Camilleri, como buen artesano, va a buscar la mejor madera, la talla y la pule, y construye con ella espléndidos objetos de artesanía que hacen furor en todo el mundo. Y cuando les añade un poco de fantasía, se convierten en verdaderas obras de arte.» *Il Tempo*

164253



9 788423 134312 6



Áncora y Delfín